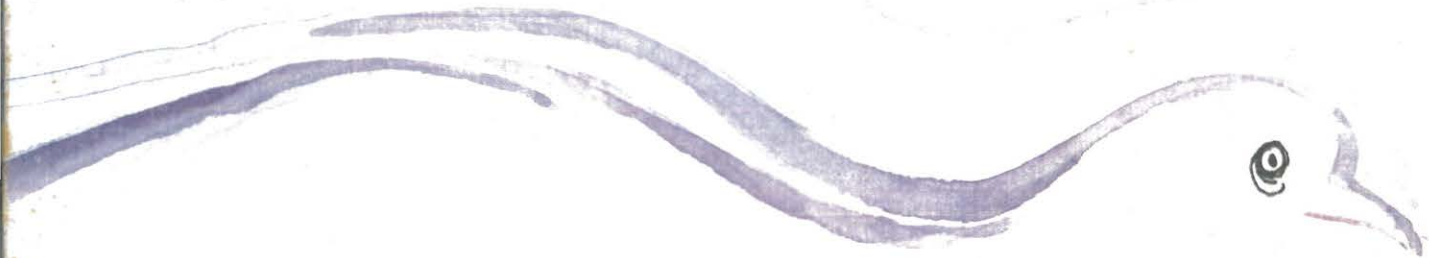


El Cuervo

25



POESIA



25
EL CUERVO

Revista Imaginaria y Analítica

COLECTIVO EDITORIAL

Portada e interpretación artística
Adrián Nelson Ramírez

Dirección
José Manuel de Maldonado
Carmen Cazorro García de la Quintana

Editores
Mario R. Cancel
Marcos Ferrer Araez
Nery Lugo Ramírez

Diseño Gráfico
Hilda I. Colls Marchese

Distribución Internacional
Herminia Alemañy

Distribución Universitaria
Fabio Farsi

Suscripciones
Félix Lugo Nazario

Impresión
Quality Printers, Aguadilla

El Cuervo es una revista de los Departamentos de Humanidades y Español de la Universidad de Puerto Rico, Campus de Aguadilla.

Cada artículo y colaboración expresa el criterio de su autor.

Dirección postal: Apartado 250160. Aguadilla, Puerto Rico 00604-0160.
Teléfono: (787) 890-2681. Extensiones 240, 235, 267.

el Cuervo

INDICE

Número 25 enero a junio 2001

Antonio Ramírez Córdova: un poeta lírico por excelencia

El joven poeta aún no sabía la riqueza de símbolos que los recuerdos de su niñez habrían de proporcionarle, tampoco que se definiría en un futuro como un poeta empujado por el viento... sólo lo intuía.

Carmen Cazorro García de la Quintana

3

José Martí: escritor y pensador

José Martí, para muchos el más universal de los latinoamericanos, no necesitó para serlo recurrir a los caminos trillados de la expresión.

José Ramón Fabelo

8

El lenguaje, una proyección en

"Sigo siendo yo misma"

Gehlen, asegura que la poesía es un gesto creador en el nacimiento del lenguaje que hace posible el surgir de las cosas al nombrarlas, como Dios cuando creó el universo a través del Verbo.

Leticia Ruiz Rosado

14

Los espacios utópicos de Marcela Serrano en el marco del movimiento feminista chileno

La obra de Marcela Serrano ha logrado dentro y fuera de Chile un gran éxito publicitario. El incremento de estudios analíticos acerca de su trabajo indica también un interés por parte del medio académico en su obra narrativa.

Ivonne Cuadra

21

La literatura, por un lado, y la filosofía y el pensamiento social, por otro, han sido distinguidos habitualmente como campos relativamente autónomos de la producción espiritual. La tradición occidental tiende a demarcar bien ambos ámbitos, hasta tal punto que muchas veces se ha obviado cualquier vínculo o relación entre ellos. Con excepción tal vez del ya lejano mundo griego, donde sobre una misma figura se concentraban toda la sabiduría de la época y las mejores formas de su expresión, y que nos ha dejado, como paradigma imperecedero, a los diálogos platónicos, las líneas de evolución del pensamiento filosófico-social y literario han seguido cursos por lo general independientes y, en no pocos casos, divergentes. Ciertamente es que a lo largo de esta tradición se ha reiterado en ocasiones la coincidencia en una misma figura del literato y el filósofo, pero casi siempre con mayor destaque para uno de estos ámbitos, al tiempo que al otro se le asume, en todo caso, como algo coyuntural, casi accidental, o dependiente y derivado de la principal dimensión que distingue al personaje en cuestión. Así, un Goethe o un Schelling han pasado a la historia -ya Hegel así los concebía- fundamentalmente como poetas, mientras que a un Nietzsche o a un Sartre se le distinguen ante todo como filósofos.

Pero lo que ha sido excepción y unión coyuntural en la tradición europeo-occidental se ha transformado en regla y síntesis esencial en América Latina. Tal vez haya tenido razón el argentino Juan Bautista Alberdi cuando en 1842 afirmara, casi proféticamente, que nuestra filosofía habría de ser una filosofía de aplicación, ya que "la abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América"¹, o cuando José Vasconcelos sentenciara que los latinoamericanos han de desarrollar una filosofía basada "en la lógica particular de las emociones y la belleza".² Y así en buena medida ha sido. Figuras como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, el propio Alberdi, José Enrique Rodó, el mismo Vasconcelos, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Octavio Paz, Roberto Fernández Retamar, Cintio Vitier, Eduardo Galeano y muchos; muchísimos otros, han

JOSÉ MARTÍ:

escritor y pensador

descollado como figuras de primer nivel al mismo tiempo de nuestras letras y de nuestro pensamiento filosófico-social, claro, siempre que a este último no lo juzguemos bajo el prisma de un limitador rasero eurocéntrico. No es nada casual que el ensayo -ese género intermedio, equidistante de la literatura y de la filosofía, que cubre de racionalidad especulativa a la primera y adorna con recursos metafóricos a la segunda- haya proliferado tanto en nuestras tierras.

Hacia 1940 el filósofo argentino Francisco Romero anunciaba, lleno de franco entusiasmo intelectual y utilizando como parangón al modelo europeo, la entrada de nuestra filosofía a su etapa de "normalidad", entendiéndolo por ésta aquella fase del desarrollo cultural cuando la filosofía se convierte en esfera autónoma, con profesionales especialmente dedicados a ella, con una intensa vida académica y en un "clima filosófico" incontaminado. Sesenta años después constatamos -sin ocultar nuestro beneplácito- que sólo en parte se ha cumplido el anuncio de Romero. Sí, la filosofía latinoamericana se ha hecho más académica y, si se quiere, más profesional y autónoma, pero no ha perdido su vínculo con la vida, sobre todo en aquella línea de pensamiento que mantiene, como su preocupación central, nuestras propias circunstancias y problemas latinoamericanos. Y es de este lado precisamente donde más se ha conservado ese feliz parentesco con la literatura, donde más peso ha tenido el ensayo, donde más prolifera ha sido la "contaminación".

José Martí, para muchos el más universal de los latinoamericanos, no necesitó para serlo, recurrir a los caminos trillados de la expresión. Nunca se preocupó demasiado por el contenido filosófico de su poesía ni por la forma poética con que vertió sus pensamientos más profundos y de mayor alcance.

O, dicho de manera más exacta, sí se preocupó, y mucho, porque lo uno y lo otro nunca estuvieran ausentes. Y por esa misma razón fue siempre más que poeta y más que filósofo, fue escritor y pensador, o como prefirieron llamarlo sus contemporáneos, fue "maestro", en cualquier caso universal, con todas las posibles acepciones que a este último término pueda otorgársele, excepto de

aquella que asume la universalidad como el despegue de lo propio y particular. Eso sí no lo encontraremos en Martí. En ningún momento olvidó, no importa el lugar donde se encontrara, que escribía y pensaba desde y para su colonizada Cuba y desde y para su también sufrida América, a la que, para evitar confusiones "geográficas", prefirió llamar "nuestra", en contraste con "la América que no es nuestra", o "la América europea", en clara alusión a nuestros vecinos nortños.

Martí estaba plenamente convencido de que la literatura ha de responder a las circunstancias desde las que se crea. Cada época, cada contexto social hace surgir la suya, condiciona su contenido y su forma, de tal manera "que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus crónicas y sus décadas"³ Pero al mismo tiempo, para que esos pueblos puedan ser expresados mediante su literatura, tendrán ante todo que ser pueblos, es decir, poseer el nivel de conformación y determinación históricas imprescindibles para ser asumidos como un unidad identitaria. De ahí que Martí al respecto señalara:

"No hay letras que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica(...) Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo".⁴

Y a la fundación de ese pueblo y de la literatura que lo ha de representar se lanzó Martí. Por eso su obra tenía que ser de pensamiento y acción, de filosofía y praxis, en plena correspondencia con la nueva época que ya el Apóstol aspiraba por sus poros y a la que describió como "época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes".⁵

Mas no se refería Martí a una nueva época sólo para su pequeña isla caribeña que, junto a Puerto Rico, se mantenían como el último enclave del colonialismo español en América. Sí, a la

Independencia de su patria chica dedicó toda su vida, pero su propósito trascendía en espacio y tiempo, en geografía e historia, el empeño concreto de la descolonización de Cuba y de la tierra boricua. En 1895, horas antes de morir en combate y en una carta inconclusa a Manuel Mercado, su gran amigo mexicano, escribió:

"Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber (...) de impedir a tiempo que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin(...) impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia(...) Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: -y mi honda es la de David".⁶

Proféticas palabras. En 1898, tres años después de la muerte de Martí y bajo un inventado pretexto, Estados Unidos intervenía en la guerra entre Cuba y España. En 1902 surgía la bien llamada República Mediatizada Cubana, con una Enmienda Platt que mutilaba la Independencia y dejaba a la tierra de Martí en el status de neocolonia. Peor destino tendría Puerto Rico que, cual botín de guerra, cambiaría sólo de dueño, quedando ahora como colonia norteamericana. El comportamiento imperialista del "Norte revuelto y brutal" no se había hecho esperar, primero en las Antillas, luego en el resto de la América nuestra. Como nadie Martí lo avizó y quiso impedirlo. Fue el primero en utilizar el calificativo de "imperialistas" para los Estados Unidos en estos lares y posiblemente en el mundo. Martí se había adelantado en describir la nueva época del imperio y de las luchas latinoamericanas por la que él llamó "segunda independencia".

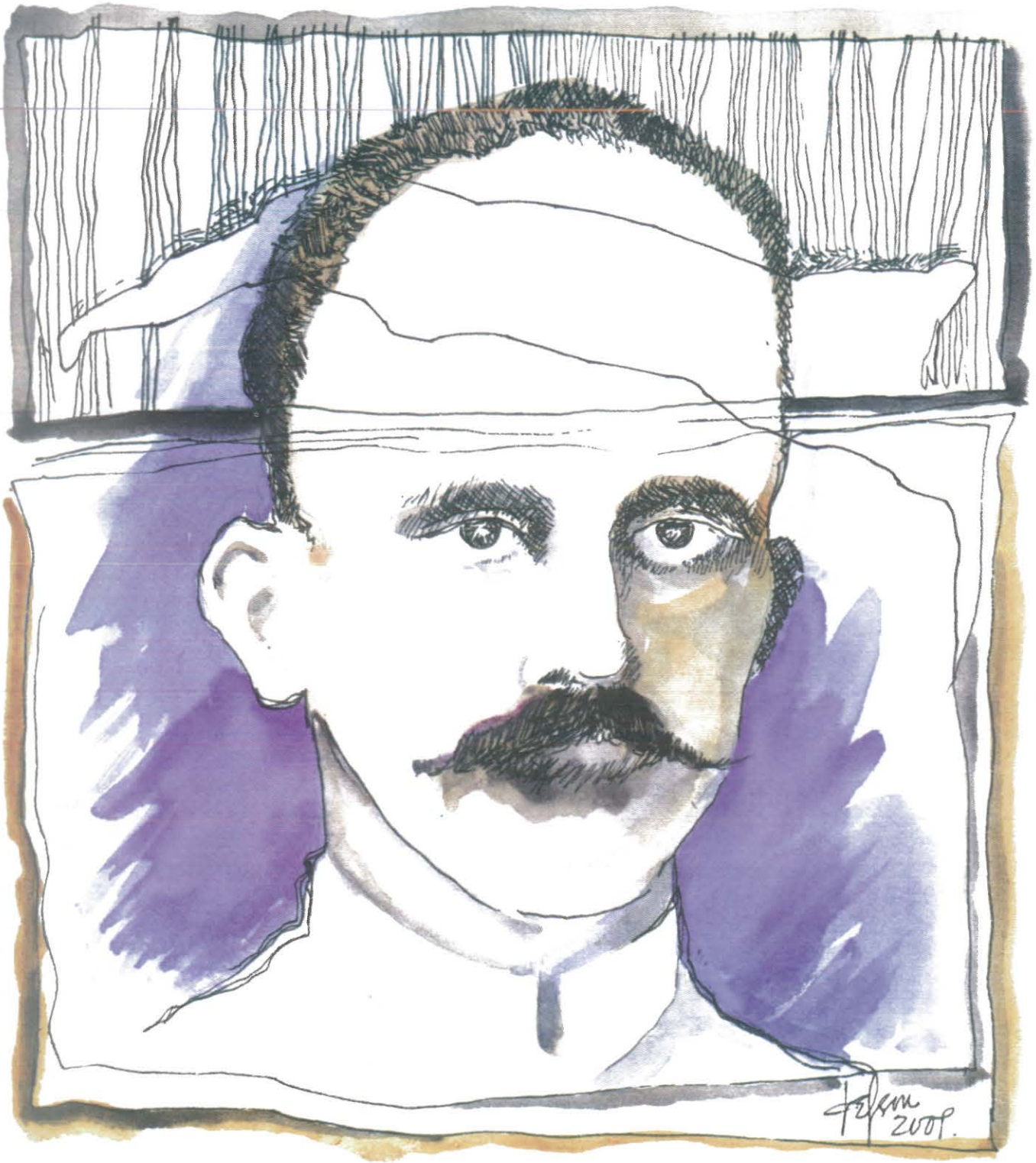
Y esto amerita la digresión de una pequeña reflexión. Entre las luchas por la Independencia del resto de América Latina y la guerra de liberación que encabezaría Martí en Cuba en 1895 mediaban

tres cuartos de siglo. Pero no se trataba sólo de una diferencia de tiempo. Se había producido un cambio de época y, en consecuencia, de propósitos emancipatorios. Martí no se proponía repetir en Cuba lo que se había producido en el resto de nuestra América. Aquello ya no era suficiente bajo las nuevas circunstancias. A fin de cuentas, a juicio de Martí, en América "la Colonia siguió viviendo en las Repúblicas". Su propósito iba mucho más allá, por eso le escribió a Máximo Gómez que revolución sería no la que iban a hacer en la manigua, sino la que se haría después en la República. En tal sentido, Martí, más que encabezar la última de las guerras de independencia contra España, concibió un movimiento que libraría la primera batalla antiimperialista en América y en el mundo. Y fue plenamente consciente de ello: "Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar. (...) Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos".

Antes, en 1889, al reseñar como cronista el Primer Congreso Panamericano que se celebraba en Washington había advertido:

"Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repleto de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia".

La circunstancia excepcional de que en suelo cubano se librara esta doble batalla, la última contra España y la primera contra el Imperio, hacía de Cuba un lugar privilegiado desde donde promover el tránsito del pensamiento y la literatura



John
2009.

latinoamericanas. Era el mejor lugar de enunciación del nuevo logos que reclamaban las letras latinoamericanas. Y esa necesidad histórica encontró en el talento de Martí al intérprete y al interlocutor ideal.

Menos que a nadie, entonces, cabe enjuiciar a Martí como un promotor del arte por el arte. Todo lo contrario, se levantó contra aquel arte que más que arte es artificio, y a éste le contrapuso lo que en su opinión ha de ser el nexo *natural* entre la forma, concretamente poética, y el profundo pensamiento humano que ha de ser su contenido. “Contra el verso retórico y ornado, -señaló-, el verso natural”⁹ Y refiriéndose a sus *Versos Libres* le pregunta a Manuel Mercado si habría “hallado al fin el molde natural, desembarazado e imponente, para poner en verso” sus “revueltos y fieros pensamientos”¹⁰.

Por eso fue Martí, como un todo indivisible, escritor y pensador a la vez. ¡Y qué escritor! ¡Y qué pensador! En ambos casos fundador, más que de alguna corriente transitoria, de toda una nueva época en las letras latinoamericanas.

En lo que a la literatura respecta y después de una vieja polémica sobre los inicios del modernismo latinoamericano, hoy se impone cada vez con más fuerza la idea de que fue precisamente Martí el iniciador de este movimiento. No pocos le habían asignado ese papel a Rubén Darío, esa otra inmensa figura de nuestras letras. Sin embargo, si le atribuimos como principal rasgo al modernismo el hecho de constituirse en una literatura propia, genuina, auténtica, no copiadora, no mimética, no reproductora, involucrada hasta la médula en su propio contexto latinoamericano, entonces no deben quedar dudas acerca de que fue Martí la más alta expresión de esos propósitos. Diáfano fue al describir lo que era la nueva época literaria en América Latina. Así lo plasmó en su periódico *Patria* en 1894:

En lo que a la literatura respecta y después de una vieja polémica sobre los inicios del modernismo latinoamericano, hoy se impone cada vez con más fuerza la idea de que fue precisamente Martí el iniciador de este movimiento.

En América hay un alma nueva, ya creadora y artística, que, en el horno de su primer siglo libre, ha fundido al fin *en la misma generación* la pujanza ingenua de las tierras primerizas y la elegante pericia de las civilizaciones acendradas. Era como segundón de Europa, hasta hace poco tiempo, el más emancipado de los latinoamericanos, y el de más luz caía en el yerro de salir por la selva leyendo a los indios un Hugo o un Daudet. Hoy se habla en América la lengua concreta donde encaja la idea como el acero en el tahalí, y el pensamiento *criollo* impera y resplandece. Ya nuestra América se busca, y no hay pueblo que no tenga sus hombres de maíz, que procuran el remedio de los males en el

conocimiento de ellos, y tienen fe en el asiento visible de las mezclas americanas. Con vehemente simpatía se unen, como si fueran de un solo pueblo, todas esas almas superiores, y está al proclamarse el credo independiente de la América nueva.¹¹

Y no se trataba sólo de otorgarle un nuevo contenido a las letras, sin importar la forma de su expresión. No, el mero contenido, por importante y trascendental

que fuese, no era suficiente para convertir en arte a la nueva literatura que reclamaban nuestras tierras. Eso para Martí estaba muy claro: “a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce, y vibrar como la porcelana”¹², o cuando señaló que no es poeta “el que pone en verso la política o la sociología”¹³ Parecerían extrañas estas últimas palabras viniendo de alguien que, como nadie, puso en verso la política y la sociología, de alguien, a cuya obra Pedro Henríquez Ureña calificó como “periodismo; pero periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma”¹⁴ Y es que Martí también exigió a sí mismo -y a esas “almas superiores” que identificaban el advenimiento de su generación literaria- una nueva forma, un modo distinto de expresar lo que, de por sí, constituía un contenido inédito en la literatura universal.

De la medida en que él mismo lo consiguió cabe juzgar por la opinión de algunas mentes ilustres cercanas a su tiempo. “En español, -dice Domingo Faustino Sarmiento-, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí”. Como “supremo varón literario”, lo calificó Alfonso Reyes. Y el propio Rubén Darío sobre él dice: “es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América (...) porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido”. Y en otro lugar, reconociendo la estatura del que calificó como “Maestro”, exclama Darío: “si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de Martí”.

Es entonces Martí el iniciador de una nueva etapa, pero de una etapa que llevaría a trascender el modernismo mismo. Tal vez por eso quepa a algunos la duda de si fue o no un modernista. Y es que en muchos aspectos llegó más allá que ellos. Ya en 1934 Federico de Onís señalaba que la modernidad de Martí “apuntaba más lejos que la de los modernistas, y es hoy más válida y patente que entonces”, a lo que en 1968 Juan Marinello agregó: “es justicia proclamar que es Martí la figura primordial de una transformación de las letras latinoamericanas que llega hasta nosotros”. “Y es que, en verdad, lo que Martí inicia no es una escuela, ni un movimiento, ni siquiera (exclusivamente) un período de la literatura hispanoamericana. Lo que inicia es la toma de conciencia de una época: una época *histórica*, con su correspondiente literatura”.

Es esa la razón por la cual no fue comprendido suficientemente por los propios modernistas. Darío le reclamaba no haber dedicado más su talento a la literatura y consideraba un desaliento por el arte el que Martí hubiese dedicado su vida a la lucha por la libertad de su país: “desalentado en sus sueños de Arte, remachó con triples clavos dentro de su cráneo la imagen de su estrella solitaria y dando tiempo al tiempo, se puso a forjar armas para la guerra, a golpe de palabra y a

Es entonces Martí el iniciador de una nueva etapa, pero de una etapa que llevaría a trascender el modernismo mismo. Tal vez por eso quepa a algunos la duda de si fue o no un modernista.

fuego de idea”. “(...)desbordante de amor y de patriota locura, consagrose a seguir una triste estrella, la estrella solitaria de la Isla, estrella engañosa que llevó a ese desventurado rey mago a caer de pronto en la más negra muerte”. “¡Oh Cuba, eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español de no dar paz a la mano por temor de perderte. Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros; pertenecía al porvenir”.

Bellas palabras que reflejan el dolor ante la muerte del Maestro y que recogen su universalidad y trascendencia. Pero lo que no logró captar Darío es que Martí tenía un concepto muy distinto de la inmortalidad. Y de ello nos dejó testimonio: “no hay más que un medio de vivir después de muerto: haber sido hombre de todos los tiempos, o un hombre de su tiempo”. Y al tiempo de Martí le

correspondía un espacio bien concreto, el de su Cuba y el de su América, tiempo y espacio que se conjugaban en un unánime reclamo de justicia. Por eso tenía, a diferencia de Darío, una noción bien diferente de pertenencia. En el preciso momento en que preparaba la guerra escribió: “De Cuba ¿qué no habré escrito? Y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno”. ¿Y el arte? Por supuesto que sí, también, pero “la justicia primero y el arte después”. O mejor: el arte en función y como instrumento del reclamo de justicia, “todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera”. Y así fue: Martí llegó a ser, en feliz expresión de Juan Marinello, “el héroe que dio a la libertad la categoría de belleza”. Y porque supo ser un hombre de su espacio y de su tiempo, nos ha dejado un legado universal e inmortal.

**José Ramón Fabelo
Matanzas, Cuba**